

SABIDURIA Y SANTIDAD

POR

GABRIEL DE ARMAS.

He leído, con santo gozo cristiano, que Monseñor Nedoncelle, en un Coloquio Europeo de Intelectuales Católicos, celebrado en Estrasburgo, bajo la presidencia de Gabriel Marcel, ha osado decir: «Creo que los intelectuales o quienes se creen tales, deben tener la humildad de reconocer que el bien mayor para la Iglesia, en cualquier tiempo, es el de *tener santos*, los que no tienen necesariamente que ser intelectuales ... Y más necesita la Iglesia de santos que no de intelectuales, teólogos o filósofos, con la baratija de sus genialidades.»

Esta frase, que habrá herido, sin duda, los oídos virgenes de más de algun sapiente doctor, engolletado de «proféticos carismas» a la actual usanza, me ha hecho a mí, sin embargo, recordar la gigantesca figura de Henri Bergson. Durante la primera guerra europea, el ilustre francés llegó a España acompañado de un puñado de estudiosos. García Morente, entonces ateo radical, más tarde santo sacerdote, se lamentó ante él de que la historia de la especulación filosófica española fuera pobre en figuras de singular relieve. Bergson le replicó, de inmediato, con vivaz agudeza: «Habéis producido más grandes maestros que todos nuestros filósofos: vuestros místicos San Juan de la Cruz y Santa Teresa, que se han elevado de un salto a más altura que el umbral al que nosotros llegamos por el esfuerzo de nuestras especulaciones».

Cuando privilegiadas mentes, como la de Edith Stein, por ejemplo, se han convertido, en nuestro siglo xx, por la sola lectura de la autobiografía de Santa Teresa de Jesús, tenemos que decir serenamente: por algo será ... Frase vulgar, sí, pero que no lo es tanto cuando en ella se expresa la carga de muchas horas de reflexiones y

desvelos racionadores. Y por algo, naturalmente, Santa Teresa ha sido proclamada solemnemente por Pablo VI, el 27 de septiembre de 1970, doctora de la Iglesia de Cristo. La primera doctora.

Tengo ante mí en mis manos, un libro que no dudo en calificar de auténtica joya. Libro que marginarán, como ahora se dice, conscientemente, deliberadamente, de sus ingeniosidades teofánticas, los envirodados teólogos de avanzadilla que tanto padecemos hoy. Altaneros y crestudos, seguirán hablando de «parapsicología» y otras engañosas con tal de desviar la atención de los hombres de la obra permanente de Dios en las almas ...

Mas, ¿qué importa? Ahí está el libro, llamado, sin duda, a producir muchísimo bien en las almas sencillas y humildes que lo lean con fe y lo mediten con dilección. Porque, al fin de cuentas, lo que cuenta es el amor.

Es también un libro autobiográfico. Lo escribió la Madre María Magdalena de Jesús Sacramentado, religiosa Pasionista-Dominica, que firmó, durante su vida, sus densos escritos espirituales con el pseudónimo de J. Pastor, colaborando asiduamente en la revista «La Vida Sobrenatural». Esa admirable publicación fundada por el padre Arintero y dirigida por él hasta su muerte.

Y bien. Cuenta la propia Edith Stein, a la que acabamos de aludir, que, al finalizar la lectura, de un tirón, de la Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita por ella misma, hubo de exclamar como fulminada por un rayo de claridad infinita: «¡esto es la verdad!».

Puedo asegurar, sin gran temor a equivocarme, que cualquier persona normal y sin prejuicios que lea las emotivas y apretadas quinientas cincuenta y siete páginas de la autobiografía de J. Pastor, tendrá que reconocer, arrollada por esa catarata de efluvios que emana de su pluma: ¡esto es el amor! Así se titula la obra: «Apóstol del Amor» (1).

¿Quién era, pues, mejor aún, quién es, puesto que su espíritu alienta y vive en la obra, con frescor incesantemente renovado, la Madre María Magdalena de Jesús Sacramentado, o la mística es-

(1) J. Pastor: *Apóstol del amor*. - Ediciones Anaya, S. A. - Salamanca, 1971.

critora J. Pastor? Expongamos, brevemente, «grosso modo», las etapas cronológicas fundamentales de su vida terrena.

Se trata de una monja pasionista que vio la luz primera en Luca (Italia), lugar de nacimiento de otra gran mística y estigmatizada, Santa Gema Galgani. El acontecimiento tuvo lugar el 24 de abril de 1888. En 1913, en plena revolución y persecución religiosa, fue destinada a Méjico. Permaneció allí tres años escasos, entre inminentes peligros para su vida. En 1916 vino a España y, providencialmente, conoció en el convento de Deusto al P. Fray Juan González Arintero, acontecimiento que marcó, con carácter indeleble, el curso de su vida. En 1935 es llamada por la santa obediencia nuevamente a Italia, con la ardua misión de preparar el primer templo a su paisana Gema Galgani, que en 1940 sería elevada al honor de los altares. En 1941, tras enormes peripecias, persecuciones, incomprendiones y bajezas que la izan a la categoría de mártir, llega de nuevo, definitivamente, a España. Funda en Madrid, y muere santamente en la Capital del Reino, el 10 de febrero de 1960, en su amado convento de la avenida de Arturo Soria. Allí he tenido el honor de visitar su tumba, arrodillarme ante sus mortales restos, encomendarme a ella y sentirme, por lo demás, empequeñecido y anonadado ante su descomunal figura.

Efectivamente. La Madre Magdalena sintió, de modo especial, que Dios la esperaba en España. El 2 de febrero de 1922 se encontró frente al P. Arintero, el eminente dominico leonés, quizá el más sabio doctor místico del siglo xx. Desde la primera entrevista, sus almas gemelas sintonizaron. La Madre Magdalena comprendió, en un santiamén, que allí estaba, en su presencia, entre inspiradas palabras del «Cantar de los cantares», el inminente impulsor de sus elevadísimos vuelos espirituales. El gran arquitecto que comenzó a diseñar los nuevos planos de su templo vivo para el Amor. Con el título «Hacia las cumbres de la unión con Dios», se ha publicado un tomo que contiene la correspondencia cruzada entre Arintero y J. Pastor. Va precedido de una clara y precisa introducción debida a la infatigable pluma del P. Arturo Alonso Lobo (Editora «La vida sobrenatural». Apartado 17. Salamanca, 1968).

Arintero ordenó a la Madre Magdalena que, venciendo su re-

pugnancia, escribiese su autobiografía. También le mandó que colaborara en la revista por él dirigida. Y la pluma de J. Pastor asombra a los más campanudos teólogos que llegan a creer que, bajo este pseudónimo, se esconde algún sabio doctor que rehúye dar su nombre a la publicidad. Cosas de Dios. ¿Quién, de verdad, de verdad, podía sospechar que J. Pastor era una humilde monja pasionista que, a pesar de sus escasas letras humanas, dejaría perplejos a los más doctos y letrados?

Pues bien; para solaz, recreación y provecho de todos cuantos lo deseen, ahí están sus escritos espirituales amorosamente recogidos y publicados por el P. Sabino Lozano, que dirigió su alma tras la muerte del P. Arintero. Es un grueso volumen que lleva por título «La santidad es Amor» (Salamanca, 1963. Editora «La vida sobrenatural»).

Pero volvamos, por favor, siquiera un momento, a nuestro punto de partida: su autobiografía. A través de todas las etapas de su vida, se rastrea perfectamente la obra de maduración que culminaría en la santidad de la Madre Magdalena. Yo diría que toda ella es como un inmenso océano de ternura, donde se siente a Dios muy de cerca. Tan de cerca, que cada palabra suya, cada frase y hasta cada silencio, cobran dramática actualidad de personajes creados para expresarnos un mensaje de El. Nada hay, por tanto, que huelga a moho en su concepción amplia e intuitiva de la vida religiosa. La Madre Magdalena que, en una ocasión, ocupó dentro de su Orden el cargo de Maestra de Novicias, es hoy tan Maestra de todos como entonces lo fuera de un reducido grupo de aspirantes a monjas pasionistas. La Madre Magdalena es ya intemporal, porque Dios, eterno, habla por ella. Su enseñanza es viva, actualizada, vigorosa y retadora. Se me figura como el más amplio desafío a la actual mentecatez de Prelados escleróticos y de curas soliviantados, de seglares estúpidamente «clericalizados» y de clérigos sarcásticamente secularizados, que juegan a la *uniformidad* con la misma sospechosa intención que los barbilindos propagandistas de las modas «unisexo».

Nada hay tan humano como lo sobrenatural. Ni nada tan sobrenatural como todo lo que es entrañablemente humano. Cristo es el ejemplo vivo, arquetipo y modelo, del más admirable abrazo

que ambos órdenes se dieron en la plenitud de los tiempos y, claro está, dentro de la Historia: la unión hipostática del Verbo. Sobrenatural y humana es la doctrina que la Madre Magdalena nos enseña en la trama, bien tejida, de su trayectoria ejemplar.

Léanse unas palabras suyas que proyectan abundante luz sobre cualquier posible interrogante: «He aquí descifrado el enigma para los que quizá un día podrán preguntar con asombro: ¿Cómo fue capaz de hacer este trabajo esa ignorante e imperfecta criatura? Les contesto ahora: Lo bueno es de Dios, que lo da siempre a quien se lo pide para cumplir su santísima voluntad; lo imperfecto es mío, fruto de mi miseria y de mis pecados».

Con esta cimentación —humildad—, el enorme edificio espiritual de la Madre Magdalena no podía peligrar. Al contrario. Cada día crecía más y más, hasta clavar en el Cielo las finas agujas de sus más elevadas torres. No de un horizontalismo filantrópico, sino de una verticalidad enraizada en Dios, brotaba el hontanar permanente de su ardorosa sed de almas. Y así escribe, para ejemplo de cuantos quieran escucharle: «De El, de Dios, sólo de El, recibía yo la gracia que después repartía a otras. No querría dar nada mío, ni de las creaturas; por esto pedía yo siempre al Señor con mayor ardor que su divino Espíritu me invistiera toda y me transformara en El. ¡Es tan necesaria esta transformación para poder trabajar con provecho en beneficio de las almas!».

La Madre Magdalena fue, sin duda, una gran poetisa manejando el verso. Prueba evidente de ello son esas composiciones sembradas a lo largo de la obra que comentamos. Pero su misma prosa posee un marcado acento lírico que nos deja el alma, a veces, en suspenso, y, a veces, nos arrebata el corazón. He aquí uno de sus párrafos iluminados: «¡Las almas!, ¡las almas!, parecía oír repetir con frecuencia en mi interior. Yo amo a las almas con un amor infinito, las amo con ternura, las llamo, las espero para hacerlas sentir esta ternura con que las amo, para estrecharlas en mi corazón y hacerlas experimentar las dulzuras de mi amor...».

Vida mística, sí; pero cimentada en la cruda realidad de la ascesis, de la mortificación y el sacrificio. Decía Pablo VI que «es preciso vivir la Iglesia con la perpetua memoria de la cuna de donde surgió: de la cruz». La Madre Magdalena vivió intensamente la

Iglesia, desde la celda de su convento. Por eso cuida los detalles. Aquilata el sacrificio. Se sirve de la mortificación. Y frente a las nuevas teorías que matan, todavía en agraz, el fruto de la obediencia, como holocausto a Dios, recomienda obediencia ciega, obediencia de entendimiento, pronta y alegre. Es más. Según ella, no hay amor sin obediencia. Para los que ponen ahora en tela de juicio las órdenes emanadas de sus superiores y pretenden paliarlas con fingidos diálogos delicuescentes, la Madre Magdalena escribe: «El amor exige que las órdenes de la obediencia se reciban a ciegas, se acepten cuando vienen por el aire y se ejecuten con alas. Por la mayor parte de las almas buenas se obedece tanto en las cosas ordinarias como en las extraordinarias, pero se dejan atrás ciertos detalles y menudencias que son lo que Jesús pide para adelantar en el trabajo de la propia santificación».

Amor a la obediencia, amor a las Reglas, amor a las Constituciones, amor al hábito religioso ... He aquí una serie de capítulos que la Madre Magdalena analiza, y que yo pondría en manos de esos desvergonzados clérigos que pasan hoy por los conventos de monjas, como ciclón devastador, realizando verdaderos lavados de cerebro con las pobres religiosas más crédulas y sencillas.

La acción del Espíritu irrumpió en el alma bien dispuesta de la Madre Magdalena con ímpetu febril. Las virtudes infusas la elevaron a tan alto grado de contemplación, que culminó en éxtasis y arrobos místicos de marcada iniciativa divina. Ella, sencillamente, correspondió. Los dones del Espíritu fueron su mejor adorno. Al hablar con la Superiora del convento de Arturo Soria, no dudó en decirme: cuanto ella misma expone en su autobiografía es pálido reflejo de los ejemplos que observamos los que tuvimos la dicha de convivir un día con J. Pastor.

¿Estamos acaso ante una futura doctora de la Iglesia? ¿Quizá la tercera? Yo así lo pienso. Y, además, lo espero con ansiedad. Sería una doctora del siglo xx para el siglo xx, tan necesitado de sana doctrina. Por ello creo un imperioso deber de conciencia propagar, por todos los medios posibles, esta autobiografía de la Madre Magdalena, que ha tenido el acierto de editar «La vida sobrenatural», con una introducción a la misma, obra de la pluma sagaz y sazónada del P. Arturo Alonso Lobo, O. P.